



ÚLTIMA AVENTURA DE DON QUIJOTE

## Don Pedro Fernández de Saavedra, primer señor de Fuerteventura

En el párrafo II del libro undécimo de sus «Noticias de la Historia general de las Islas Canarias»—páginas 383 y 384 del tomo II de la «nueva edición, corregida y aumentada por el autor», la de 1859; de Santa Cruz de Tenerife, pues hay que ser erudito, ya que no sabio—, D. José de Viera y Clavijo, presbítero, se ocupa de D. Pedro Fernández de Saavedra, hijo de D. Gonzalo de Saavedra, que tuvo «notable valimiento e influjo en el Consejo del rey D. Enrique IV». Este D. Pedro Fernández de Saavedra, que tomó parte en la defensa de Fernán Darías, hizo de la fortaleza de Utrera, cuando las tropas reales la pusieron cerco en 1478, éste fué luego el primer señor de Fuerteventura.

«Este gallardo joven era veinticuatro de Sevilla», dice el Sr. Viera y Clavijo. Y éste, que no se contentaba con menos que ser veinticuatro cuando cada cual de los demás mortales nos contentamos con ser uno—y el que llegó...—, casó con doña Constanza Sarmiento, que le llevó en dote «tres partes de doce en el Estado de Fuerteventura y Lanzarote», que rima con dote. Y otra vez disertaremos sobre las dotes y las herencias maternas, asunto de gran edificación.

Oigamos ahora a Viera y Clavijo, que dice: «Parece que, desde luego, fijó su residencia en la isla de «Fuerteventura», y que se pusieron a su cuidado e inspección todas las cosas concernientes al buen régimen del país. Pero «Saavedra», familiarizado desde la edad más tierna con el estruendo de las armas, que fueron como su arrullo, y aun se puede decir que había nacido en medio de ellas; «Saavedra», digo, reconoció al instante que «Fuerteventura» era para su genio una verdadera prisión. El templo de «Jano» no se cerraba entonces con gusto para los hidalgos españoles. Así, es harto verosímil que abrazaría ansiosamente la favorable ocasión, que luego se le presentó, de explayar sus talentos militares en una expedición a las costas de la Berbería Occidental.» Así, Viera y Clavijo.

Y, en efecto, si D. Pedro Fernández Saavedra, el marido de doña Constanza Sarmiento, estaba hecho al arrullo estruendoso o estruendo arrullador de las armas, ¿que venía a hacer en este pedazo de Africa, lanzado al mar, donde el manso arrullo del Atlántico briza el so-

siego amodorrador de una vida de paz resignada y recatada? ¿Qué podía hacer su genio guerrero en esta pobre isla afortunada, donde no se conocen más cóleras que las de los camellos en su época de celo y donde es casi desconocido el uso de las armas homicidas? Aquí donde antes de ponerse a reñir dos mozos dejan los «naifes»—navajas, del inglés: «knife»—, si las tienen, y se traban al puñete. Sí, para el genio—para el mal genio—de D. Pedro Fernández Saavedra, Fuerteventura era una verdadera prisión.

En cambio, para otros genios una prisión es un campo de batalla. En prisiones fueron concebidas dos grandes obras de nuestra literatura—una de ellas la mas grande—: «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha» y «Los nombres de Cristo». En cárceles pelearon la pelea del ideal Miguel de Cervantes Saavedra—Saavedra, como el primer señor de Fuerteventura—y Fray Luis de León.

Como esta isla de Fuerteventura—hinchida de solemne belleza trágica, toda ella entrañas calcinadas de la tierra madre—, era prisión estrecha para el mal genio belicoso de D. Pedro Fernández Saavedra, y como éste no iba a luchar contra la Naturaleza para alumbrar las aguas soterrañas—como hace ahora aquí un nobilísimo luchador: el anciano don Matías López, héroe del trabajo filial—, se fué, buscando leña seca, a las costas de la Berbería Occidental. Y allí se enredó, a fines del siglo XV, en esa estéril brega en que se ha perdido más sangre que el agua que hace falta en este aislado rincón de la también sedienta España.

Salobre, como el sudor, es el agua que aquí se logra sacar a trechos para regar los alfares; salobre, aunque no tanto, como el agua de la mar que ciñe a Fuerteventura. Pero D. Pedro Fernández Saavedra no sintió sed del agua que lava los huesos de los antiguos guanches majeros, sino que sintió sed de sangre de los berberiscos occidentales. Esta prisión, en cuyas entrañas duermen aguas vivas, aguas de vida, era estrecha para el mal genio del marido de doña Constanza Sarmiento. Tenía que explayar en otra parte sus talentos. ¿Talentos? El bueno de Viera y Clavijo, deslumbrado por el brillo de oropeles, que no son los de la Iglesia, le

llamaba talento a cualquier cosa. Y es que el buen presbítero no había salido del templo de Jano.

MIGUEL DE UNAMUNO

Puerto de Cabras y Abril de 1924.